

De bandidos a trabajadores: el proyecto económico liberal en *El Zarco* de Ignacio Manuel Altamirano

ROBERT HERR

Universidad de Massachusetts Amherst

The nation fills the void left in the uprooting of communities and kin, and turns that loss into the language of metaphor.

HOMI BHABHA

Durante los turbulentos años de mediados del siglo diecinueve, grupos de hombres armados operaban como bandidos en la zona azucarera al sur de la ciudad de México. Conocidos como “plateados”, por el metal precioso que usaban para adornar sus uniformes de charro, y reunidos por centenares bajo el mando de líderes populares como Salomé Placencia, Silvestre Rojas y Felipe el Zarco, estos grupos desviaron las riquezas de la creciente industria azucarera con el plagio y la extorsión. Explorar el poder mítico que estos grupos generaron y separar la representación romántica de la realidad ha sido preocupación tanto de los historiadores como de los fundadores de la literatura nacional mexicana. En su estudio fundamental *Bandits* (1969), Eric Hobsbawm trazó un esquema teórico de lo que denominó el bandido social y, durante las últimas décadas, algunos historiadores (Joseph, Slatta, Vanderwood) han debatido la naturaleza social del bandolerismo y la relación entre estos héroes populares y su contexto rural. Un siglo antes, el mito del bandido también había predominado en las páginas de las nuevas novelas nacionales publicadas en México, como en *Astucia* (1865) de Luis G. Inclán, *Los bandidos de Río Frío* (1889-1891) de Manuel Payno, y *El*

Zarco (Episodios de la vida mexicana en 1861-1863) (1901) de Ignacio Manuel Altamirano.¹

Ignacio Manuel Altamirano anticipa de alguna manera uno de los debates historiográficos sobre el bandido social que en la representación crítica de los plateados desafía directamente la imagen romántica del bandido al estilo de Robin Hood. El retrato de el Zarco, caracterizado en la novela como un ladrón holgazán y vicioso, corresponde a una visión del bandido como parásito social que, junto con sus cómplices entre los políticos corruptos, despoja al pueblo de sus riquezas y debilita a la patria. En esta obra de alegoría romántica, Altamirano narra la pacificación de los sectores rurales y emplea a los personajes históricos de este “episodio” nacional para tratar la consolidación de la nación a varios niveles.

La crítica ha señalado la manera en que Altamirano, como indígena y literato liberal, construye su alegoría según dos ejes, el racial y el político. Según el análisis de Doris Sommer (1991), la unión del indígena valiente y trabajador, Nicolás, con la modesta mestiza, Pilar, permite la incorporación de los pueblos indígenas dentro del imaginario nacional. Además, la novela retrata la consolidación política del Estado por medio de la pacificación del campo y el castigo a los sectores conservadores bajo la mano dura del presidente Benito Juárez. Y mientras la representación del bandolerismo escurre entre estos diferentes registros alegóricos, la desmitificación del bandido y la glorificación del trabajador como modelo alternativo de héroe social indican la fuerte presencia del proyecto económico que subyace en los distintos ejes alegóricos de la novela. Aunque *El Zarco* imagina la posibilidad de una sociedad mexicana en armonía racial y bajo el dominio civilizador del gobierno central, concibe esa sociedad bajo un orden económico particular, regido por la propiedad privada y el trabajo asalariado, y puesto al servicio de una industria azucarera modernizante.

El propósito del presente estudio será examinar cómo Altamirano establece los fundamentos para su proyecto liberal por medio de su caracterización de los dos personajes masculinos, el Zarco y Nicolás, y por sus instituciones económicas correspondientes, el bandolerismo y la hacienda. Para contextualizar el proyecto de Altamirano, el trabajo tomará en

¹ Aunque la novela se terminó de escribir en 1888, fue publicada póstumamente en 1901.

cuenta estudios históricos sobre las transformaciones económicas de la época en el estado de Morelos y los debates sobre los bandidos latinoamericanos y la resistencia social. Luego, se considerará la representación de los dos personajes masculinos principales, Nicolás y el Zarco, con respecto a sus papeles en el orden económico. Asimismo, se analizarán los distintos retratos de los espacios de producción económica que se describen en la novela, sobre todo en relación con el pueblo de Yautepec y las dos haciendas, Xochimancas y Atlahuayán. Aunque Altamirano intenta esquivar las causas económicas y la naturaleza social del bandolerismo, éstas reaparecen entre líneas en *El Zarco* mediante la representación de Xochimancas, guarida de los bandidos, como un espacio contra-utópico de colectividad perversa.

EL PENSAMIENTO DE ALTAMIRANO

Como Benito Juárez, Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) es recordado por su participación intensa en la vida nacional —como soldado, figura política y hombre de letras— y además por ser indígena. Originario del estado de Guerrero, Altamirano obtuvo una beca para estudiar en el Instituto Literario de Toluca gracias a las conexiones de su padre, y se convirtió en discípulo de Ignacio Ramírez, pensador magisterial y político liberal. En su estudio del pensamiento de Ramírez y de Altamirano, D. A. Brading describe cómo Altamirano, al igual que su mentor, respaldó fuertemente las políticas económicas liberales, incluyendo la Ley Lerdo de 1856, que legisló la desamortización de las tierras comunales de las comunidades indígenas.² Sin embargo, si ambos intelectuales concibieron la iniciativa individual y las políticas económicas del *laissez-faire* como instrumentos de progreso y modernización nacionales, se diferenciaron del liberalismo clásico al adaptar ideas del republicanismo relacionadas con la participación política. Estos dos liberales radicales de la época de la Reforma abrazaron ideales de la Revolución francesa y sub-

² Según Brading, “it would appear that Ramírez and Altamirano were blinded by their belief in the supreme value of individual, private property, persuaded that once the Indian peasantry became petty proprietors the play of self-interest would promote material improvement. In any case, they viewed the survival of the Indian pueblo as an obstacle to the social integration of the native population” (33).

rayaron la importancia de fortalecer y defender la patria. Como apunta Brading, “apart from their universal liberal ideals and projections, the radicals had but one grand message for their people —the absolute necessity of independence from foreign rule. Asserting the priority of political action over private concerns, they incited Mexicans to serve and to die for their patria” (40). Como se verá abajo, la unión de estos valores ocupa una posición central en la alegoría de Altamirano y define el modelo del ciudadano mexicano que se personifica en el herrero valiente, Nicolás.

En su obra novelesca, Altamirano asume el papel de modelador de la nación moderna, concepto que Ángel Rama denomina la *ciudad modernizada*, y emplea una estrategia abiertamente didáctica. Como otros pensadores liberales del momento, creía en la posibilidad de la educación para fomentar la nación moderna y atribuía a la novela un papel importante como medio de enseñanza.³ Al tomar las obras de Walter Scott y de Fenimore Cooper como modelos, proponía escarbar los episodios de la historia nacional —desde la conquista, la independencia y las guerras civiles mexicanas— para hacerlos servir como materia prima de una novelística autóctona.⁴ Sin embargo, Altamirano privilegia el proyecto moralista de su narrativa, al que somete la veracidad de los detalles específicos de los sucesos históricos. En opinión de Mariano Azuela, *El Zarco* es una novela “inferior” porque distorsiona los hechos históricos al servicio de sus fines pedagógicos. “Ciertas ideas preconcebidas acerca del papel que la novela debe desempeñar en la educación del pueblo, obligan al autor a torcer y retorcer la verdad, a deformar los acontecimientos, las cosas, los personajes, encaminándolo todo de acuerdo con una idea fija” (117-118). Para explicar la representación del bandido y su relación con el proyecto económico de Altamirano, hace falta, pues, examinar no solamente el contexto histórico del momento en que tiene lugar *El Zarco*, entre 1861 y 1863, sino también los sucesos en el estado de Morelos,

³ En *Revistas literarias de México* (1868) escribió que “las doctrinas sociales, todos los principios de regeneración moral y política, propiedad exclusiva antes de la tribuna, de la cátedra y del periódico, se apoderan también de la novela y la convierten en un órgano poderoso de propagación” (1949: 34).

⁴ Altamirano encuentra la historia reciente de interés especial: “¡Nuestra era republicana se presenta a los ojos del observador, interesantísima con sus dictadores y sus víctimas, sus prisiones sombrías, sus cadalsos, su corrupción, su pueblo agitado y turbulento, sus grandezas y sus miserias, sus desengaños y sus esperanzas!” (1949: 12).

cuando elaboró su alegoría. Mientras la versión de Altamirano de este episodio particular le sirve para tratar los temas de la época de la Reforma, nuestro autor está al mismo tiempo al servicio del proyecto modernizante del gobierno liberal de Porfirio Díaz (1877-1911).

LA “TIERRA CALIENTE” Y EL BANDIDO SOCIAL

La fundamentación histórica de *El Zarco* se resalta de manera directa en la narración de la novela. Además de introducir a ciertos personajes como “rigurosamente históricos”, como lo hace en el caso de Salomé Plasencia, el Zarco y Martín Sánchez Chagollán (vigilante que aplica la mano dura del presidente), Altamirano comienza la obra con una introducción al contexto social del pueblo de Yautepec y con referencias a fechas específicas y lugares reales. Al iniciarse la novela, en agosto de 1861, esta “población de la tierra caliente” sufre del terror de los plateados, quienes amenazan tanto a los pobladores del vecindario como a las haciendas cercanas. Los plateados se habían unido a las facciones liberales durante la campaña militar en la zona caliente, pero después se aprovechan del descuido gubernamental para cometer atrocidades y robos. Aunque la corrupción a ciertos niveles de la administración del Estado deja que se tolere el bandolerismo, el presidente Benito Juárez eventualmente sanciona medidas extraoficiales para pacificar la región. Mientras el registro histórico confirma esta versión del contexto político general, las transformaciones económicas de la época quedan, como se verá, al margen de la narración de Altamirano.

Si las guerras de Reforma habían distraído al Estado de su proyecto de pacificación del campo, también interrumpían el proyecto de transformar la producción económica de la tierra caliente. Durante los años inmediatamente anteriores a la guerra civil, la industria azucarera había empezado un proceso de transformación y crecimiento, cuando una nueva clase de terratenientes mercantiles empezó a reemplazar a los hacendados tradicionales. Además de invertir capital para modernizar los ingenios, empezaron a expandir sus terrenos para mejor explotar una demanda creciente de azúcar en las ciudades (Hart: 36). Hubo señales claras del descontento general entre el campesinado. Durante los meses siguientes a la legislación de la Ley Lerdo en la zona de Yautepec, aumentó

el número de conflictos de tierra en la zona (90) y los oficiales temían un levantamiento rural cuando pobladores de un pueblo vecino, Tepoztlán, mataron al hombre más rico de la comunidad (95). Sin embargo, la resistencia popular, combinada con la guerra civil y la ocupación francesa, determinó que los efectos más dramáticos de la desamortización de las tierras comunales se sintieran hasta años después (90).

Con el reestablecimiento de la República y bajo el gobierno de Porfirio Díaz, el Estado orientó su atención a la promoción del desarrollo comercial del campo durante las últimas décadas del siglo diecinueve. Bajo una política de “pan y palo” el gobierno federal aplicó la Ley Lerdo, favoreció la inversión extranjera y permitió la expansión de las haciendas azucareras hacia las tierras comunales de los pueblos morelenses. “Al cobijo de la violencia estatal fue posible iniciar en los pueblos la aplicación de las leyes de desamortización dictadas quince años atrás” (Warman: 95-96). Sin embargo, si el uso de la represión permitió la pacificación de la resistencia rural, también se logró por medio de la absorción (parcial) de los campesinos dentro de un sistema de trabajo asalariado en el sistema de las haciendas. Según Paul Hart, “the critical element to hacendado hegemony in Morelos was that while they were destroying the old way of life, the planters were replacing it with a seemingly viable alternative. That alternative was well-paying wage labor, which mollified pueblo resistance to the changes being imposed”. El proyecto moral de Altamirano en *El Zarco* se inserta perfectamente dentro de este contexto político-económico del porfiriato. Como se verá más abajo, la alegoría de Altamirano intenta establecer la vida del trabajador asalariado como camino a la prosperidad individual además de servir como modelo de ciudadano productivo y patriótico. Al mismo tiempo, descalifica los mitos sobre el bandido y borra las causas sociales del bandolerismo.

La naturaleza exacta de la relación entre el desafecho rural provocado por estos cambios y la aparición de los bandidos todavía se debate en la historiografía. Aunque no se disputa que el bandolerismo es síntoma de las divisiones sociales en el campo, existen dos posiciones generales sobre la caracterización de este fenómeno como expresión de protesta popular.⁵ En *Bandits*, un estudio comparativo del bandido alrededor del

⁵ Según Paul Hart, a pesar de ser criminales, los bandidos “represented one manifestation of a more widespread rejection of conditions in the countryside that fueled the discontent of a significant segment of the population who tacitly supported banditry”

mundo, Hobsbawm caracteriza el bandolerismo como una expresión de resistencia política premoderna que emerge entre sectores de campesinos y trabajadores rurales cuando sufren alguna opresión o explotación. Estos grupos se distinguen de bandas criminales por los lazos que mantienen con la comunidad local, lazos que proveen a la comunidad oprimida beneficios materiales o servicios más intangibles al cumplir un papel de luchador social.⁶ Otros historiadores, sin embargo, cuestionan la relación entre la comunidad y los bandidos en el caso latinoamericano y afirman que estos bandidos demuestran una preocupación principal por sus propios intereses, y hasta por el ascenso social. Richard Slatta afirma que los bandidos latinoamericanos más bien establecen alianzas con los sectores de élite en vez de mantener solidaridad con las clases populares (1991: 146). En su estudio del bandolerismo mexicano, Paul Vanderwood apoya la visión de Slatta y afirma que los bandidos del siglo diecinueve —incluyendo el Zarco— establecieron vínculos con los poderosos para su propia elevación social.⁷

Como respuesta a estas versiones revisionistas de la teoría de Hobsbawm, Gilbert Joseph apunta que estudios recientes reivindican la necesidad de recuperar la naturaleza social del bandolerismo y re-examinarlo como manifestación de resistencia. Joseph admite que no todo acto criminal del campo equivale a un acto de resistencia, pero sugiere que la definición misma de los actos criminales a veces ha servido como medio para controlar la resistencia (15). Es más, estudios recientes de la vida rural contribuyen a afinar el esquema de Hobsbawm y demuestran que el bandolerismo latinoamericano, aunque distinto del modelo europeo, todavía se caracterizaba por lazos sociales entre los bandidos y las comunidades. Joseph señala la necesidad de seguir estudiando el papel de las

(101-102). Y hasta Richard Slatta, aunque critica el esquema del bandido social, reconoce que “deep social divisions and conflicts as well as elite monopolization of economic opportunity [are] causal factors in Latin American criminality” (1991: 2).

⁶ Los “bandidos sociales”, según el autor, “are peasant outlaws whom the lord and state regard as criminals, but who remain within peasant society, and are considered by their people as heroes, as champions, avengers, fighters for justice, perhaps even leaders of liberation, and in any case as men to be admired, helped and supported” (13).

⁷ Según Vanderwood, el Zarco había subido hasta los círculos altos de la ciudad de Cuernavaca, posición que explotó para orquestar el secuestro de figuras prominentes. Salomé Placencia, en cambio, utilizó su dominio militar para cultivar relaciones con los mercantiles de Cuautla y dominar el comercio dentro de su zona de operación (10).

mujeres, las familias y otras redes sociales dentro del bandolerismo (34). Mientras el presente trabajo no pretende llegar a conclusiones definitivas sobre el aspecto social del bandido mexicano, esta revisión del debate historiográfico ayudará a esclarecer la representación del bandolerismo en *El Zarco*. Al proponer su propio modelo de héroe social, Altamirano ofrece argumentos sobre la naturaleza del bandido que a veces se asemejan a los de estos debates y en otros momentos distorsiona de manera exagerada la realidad social.

EL TRABAJADOR Y EL BANDIDO

Como señala Jorge Enrique Rojas Otálora, Altamirano construye la alegoría nacional de *El Zarco* por medio de un sistema de oposiciones que se articula primero en torno a las relaciones amorosas entre dos parejas diametralmente opuestas. Por un lado, Manuela, una joven bella y criolla de Yautepec, quien rechaza al herrero indígena Nicolás y sucumbe ante la seducción del Zarco. Por el otro, su amiga mestiza y humilde, Pilar, quien descubre su estimación por Nicolás y nace entre ellos “el amor bueno”, que impulsa la novela hacia un final moralista. Como observa Doris Sommer, esta retórica amorosa es muy común como estructura organizativa entre las novelas patrióticas del período (2). En el caso de estas relaciones amorosas de *El Zarco*, sin embargo, predomina el discurso de las decisiones y motivaciones financieras que define cada pareja en términos de un modelo económico. El héroe Nicolás se construye como pareja ideal, a pesar de ser indígena, en gran parte por su papel en el orden económico como trabajador productivo. A la vez, el Zarco es la antítesis de Nicolás y las consecuencias de su vida criminal, producto de su carácter ostentoso y holgazán, sirven para condenar cualquier alternativa al modelo liberal que propone Altamirano.

Desde el principio, la novela enumera de manera explícita los atributos heroicos de Nicolás que se ofrecen como refutación a la ideología racista que lo condenaría por su ascendencia indígena. Mientras Manuela jura nunca casarse con “ese indio horrible” (1986: 107), las gestiones de doña Antonia a favor de Nicolás, imbuidas de la virtud del amor maternal, manifiestan sus calidades superiores. Con la ausencia palpable de la figura del padre, metáfora del abandono gubernamental, doña Antonia

se preocupa por buscar un esposo para Manuela que le sirviera como proveedor patriarcal y protector contra los plateados. Nicolás, “hombre de bien”, posee los atributos ideales, como le explica a su hija: Nicolás es “todo un hombre”, quien la defendería de los plateados, y por medio de sus ahorros, ganados honradamente como herrero en la hacienda, podría llevarla a vivir en la Ciudad de México. Estos atributos se confirman luego con la introducción formal de Nicolás por el narrador: “Se conocía que era un indio, pero no un indio abyecto y servil, sino un hombre culto, ennoblecido por el trabajo y que tenía la conciencia de su fuerza y de su valer” (110). Mientras estos argumentos no logran convencer a Manuela, establecen lo que se propone como el camino virtuoso de la alegoría.

Clave en esta construcción del héroe romántico es la posición de Nicolás como herrero y trabajador asalariado. En primer lugar, el trabajo pagado por sueldo permitiría guardar dinero poco a poco, y así permitir una eventual mejora de clase social de manera honrada (en contraste con los plateados, como se verá más adelante). Segundo, su oficio de herrero enfatiza que es artesano con técnicas aprendidas y que participa de manera directa en el orden económico como fabricante de un producto. Esta valoración se percibe en los argumentos de doña Antonia al intentar persuadir a Manuela del provecho que representaría una unión con Nicolás: “él es ya maestro principal de la herrería, y es muy estimado hasta de los ricos” (108). Más importante aún, se destaca que este indio se ha superado por medio de su trabajo: al convertirse en trabajador asalariado, ha cobrado conciencia tanto de su *fuerza*, como trabajador fornido de este oficio pesado, y de su *valer*, como participante dentro de la economía. Esta confianza en sí mismo le permite al herrero indígena sobrellevar la condición sumisa que el narrador atribuye a los indios comunes y convertirse en representante ejemplar del ciudadano mexicano.

La conciencia de su propia fuerza, producto del trabajo, le atribuye a Nicolás otra característica importante dentro de la alegoría de Altamirano. Como hombre que “no se deja”, Nicolás había cobrado fama entre la comunidad, y hasta entre los plateados, de ser alguien que se cuidaba y se defendía. Además de andar armado, Nicolás exhibe su propia valentía como medio de protección. En contra de las preocupaciones de doña Antonia, Nicolás contesta que los plateados no se atreverían a secuestrarlo: “saben muy bien que yo no me dejaría plagiar [...] Pues bien; la

mejor manera de escapar de estos tormentos, es defenderse hasta morir. Siquiera de ese modo se les hace pagar caro su triunfo y se salva la dignidad del hombre” (113). Esta actitud de valentía se comprueba después en la novela, cuando Nicolás reivindica sus derechos como ciudadano y no se deja intimidar por un oficial corrupto. A petición de doña Antonia, Nicolás exige que la tropa federal cumpla con sus deberes y persiga a los plateados, con quienes se había fugado Manuela. Además de negarle su petición, el comandante le amenaza por faltarle el respeto. Contesta Nicolás:

Haga usted lo que quiera, señor militar; usted tiene allí su fuerza armada. Yo estoy solo, sin armas y delante de la autoridad de mi población. Puede usted fusilarme, no lo temo y ya lo estaba esperando. Era muy natural: no ha podido usted o no ha querido perseguir o fusilar a los bandidos a quienes era necesario combatir arriesgando algo, y le es a usted más fácil asesinar a un hombre honrado que le recuerda a usted sus deberes (161).

Con este episodio, Altamirano demuestra el modelo de ciudadano patriótico que propone para la nación, después de dos invasiones extranjeras, además de señalar cómo los valores del liberalismo contribuirían al fortalecimiento de la nación.

Si la novela comprueba la ascensión de Nicolás a través de los ojos de Pilar, la desmitificación del bandido se muestra a través de la experiencia de Manuela. De la misma manera que se construye a Nicolás como el héroe romántico, los bandidos se describen como despreciables desde el principio. Según el narrador, “los bandidos de la tierra caliente eran sobre todo crueles. Por horrenda e innecesaria que fuera una crueldad, la cometían por instinto, por brutalidad, por el solo deseo de aumentar el terror entre las gentes y divertirse con él” (99). Aunque la comunidad entera de Yauhtepec vive atemorizada por los plateados, y a pesar de las advertencias de su madre, Manuela se enamora del Zarco y decide fugarse con él, y así se convierte en representante de todo simpatizante potencial de los bandidos. La decepción total de Manuela y su muerte al final de la novela demuestra de manera contundente el equívoco de su decisión. Sin embargo, *El Zarco* establece una serie de críticas más sutiles a los bandidos que también corresponden a su influencia en el orden económico y que se relacionan con el debate sobre el bandido social.

Casi por definición, los plateados contradicen la participación en el orden económico que representa Nicolás. Adornados con objetos de plata de manera ostentosa, los plateados exhiben de manera abierta su codicia y falta de prudencia económica. El énfasis que se pone en el deseo por los adornos de lujo sugiere el arribismo e interés individual que algunos de los revisionistas de Hobsbawm atribuyen a los bandidos, en contraste con la noción del bandido social. Esta codicia es motivación primordial de las acciones del Zarco, quien sólo desea a Manuela por su valor como objeto fino e inalcanzable. Como el narrador revela, “iba a poseer a la linda doncella para satisfacer una necesidad de su organización, ávida de sensaciones vanidosas, ya que había saboreado el placer inferior de poseer magníficos caballos y de amontonar onzas de oro y riquísimas alhajas” (137). Mientras la novela no necesariamente critica el intento de subir de clase social (deseo que Manuela y Nicolás parecerían compartir), se critica fuertemente a los plateados y al Zarco por sus métodos de ascender de posición. En vez de medrar por la vía del trabajo, viven del botín que sacan de los pobladores del pueblo y, sobre todo, de los hacendados extranjeros. El Zarco, como nos informa el narrador, había escogido su profesión de bandido fundamentalmente por no querer trabajar. “Hijo de honrados padres, trabajadores en aquella comarca, que habían querido hacer de él un hombre laborioso y útil, pronto se había fastidiado del hogar doméstico, en que se le imponían tareas diarias o se le obligaba a ir a la escuela, y [...] se fugó” (132). Esta descripción hacia el principio de la novela, que resalta su inhabilidad de cumplir con las tareas domésticas, no sólo contextualiza las motivaciones del personaje, sino también presagia su eventual fracaso en la vida romántica y ciudadana.

Si Nicolás entra en la alegoría como modelo ejemplar del ciudadano republicano gracias a su virtud como trabajador, los plateados se caracterizan por ser una fuerza esencialmente anti-patriótica debido a sus vicios. Además de las referencias a su falta de valor (siempre huyen cuando no poseen una ventaja numérica), esta naturaleza deriva de las conexiones que establecen los bandidos con los agentes poderosos. Cuando se captura al Zarco, hacia el final de la novela, éste logra escaparse gracias a sus agentes dentro de las instituciones políticas y judiciales. “Y es que, como eran poderosos, y tenían en su mano la vida y los intereses de todos los que poseían algo, se les temía, se les captaba y se conseguía, a cualquier precio, su benevolencia o su amistad” (231). Estas relaciones no sólo de-

muestran la falta de solidaridad con las clases populares, como alegan Slatta y Vanderwood, sino sugiere también una influencia corrosiva sobre las instituciones políticas de la nación. Como observa Alejandro Rivas Velázquez, “Altamirano muestra los nexos entre autoridades y ladrones e insiste en que los bandidos son un obstáculo para el progreso, el viejo sueño liberal, pues incluso sus noticias tan frecuentes causaban terror y alarma entre la población” (176). Esta representación de los plateados por Altamirano, exhorta a la represión de los bandidos en dos niveles: mediante la aplicación de la justicia por sus actos criminales, pero también como acto de defensa nacional para proteger la integridad de la patria.⁸

Si algunos de los métodos de desmitificación del bandido se corresponden hasta cierto punto con los argumentos revisionistas de Hobsbawm, el predominio del proyecto ideológico de Altamirano en su representación verídica de la sociedad se revela cuando deja de retratar los casos extremos del héroe romántico y el bandido nefasto, e intenta dibujar el campo como un espacio de producción idílica, salvo por la amenaza de los bandidos. Al explicar las causas del bandolerismo, Altamirano borra completamente las divisiones sociales y recurre a las explicaciones puramente melodramáticas. Dentro de esta distorsión de la realidad socio-económica del campo morelense, el Zarco, en vez de adoptar la vida de bandido por algún motivo de desafección social, comete sus crímenes como expresión de rabia en contra de un sistema esencialmente equitativo:

Él no había amado a nadie, pero en cambio odiaba a todo el mundo: al hacendado rico cuyos caballos ensillaba y adornaba con magníficos jaeces, al obrero que recibía cada semana buenos salarios por su trabajo, al labrador acomodado, que poseía fecundas tierras y buena casa, a los comerciantes de las poblaciones cercanas, que poseían tiendas bien abastecidas, y hasta a los criados, que tenían mejores sueldos que él. Era la codicia, complicada con la envidia, una envidia impotente y rastrera, la que producía este odio singular y esta ansia frenética de arrebatarse aquellas cosas a toda costa (132-133).

⁸ Esta visión de los plateados como fuerza anti-patriótica también se refuerza por la asociación que se establece a nivel alegórico entre el bandido y la invasión extranjera. Como observa Sommer, la unión entre el Zarco y Manuela también representa la invitación que los conservadores extienden a la monarquía francesa. “The blame for the country’s ‘prostitution’ to foreign exploiters seems to fall wholly on Manuela/monarchist Mexico whose self-defeating opportunism mistakes dazzle for elegance” (226).

Mientras este retrato del campo reconoce cierta jerarquía social entre los distintos miembros de la comunidad rural, la relación entre ellos es de ecuanimidad, en la que todos los que trabajan y producen reciben su remuneración debida.

EL ESPACIO PRODUCTIVO COMO MODELO DE LA NACIÓN

Mientras la condena a la criminalidad rural se establece principalmente por medio de la negación del concepto del bandido social en el trato explícito del Zarco, la guarida de los bandidos en la hacienda de Xochimancas ocupa un papel curioso en la novela que permitiría leer otro retrato del bandolerismo. Mientras los personajes de Nicolás y el Zarco sirven para considerar el papel del individuo en los órdenes económico y político, los espacios de producción le permiten a Altamirano una forma de proponer su visión sobre la interacción de los individuos. En su estudio sobre el proyecto ideológico de las novelas de Altamirano, Evodio Escalante analiza la representación de la producción económica y propone que el pueblo de Yautepec y la hacienda de Xochimancas constituyen una dicotomía entre la productividad del pueblo mestizo y la ruina económica a que ha llegado la degeneración indígena. Mientras esta comparación esclarece el proyecto de integración racial de Altamirano, un análisis que contempla los tres espacios de producción descritos en la novela —Yautepec, la hacienda de Atlahuayán y Xochimancas— revela el proyecto económico que subyace bajo la alegoría.

El pueblo de Yautepec se caracteriza en la novela como un espacio de producción casi idílico, constituido de una tierra fecunda y poblado por gente trabajadora. Como bien observa Escalante, el énfasis que se pone en los árboles frutales, en el río sustentador y en la población laboriosa sirve para demostrar el potencial económico de Yautepec, lo que el narrador mismo describe como sus bienes materiales: “El río y los árboles frutales son su tesoro; así es que los facciosos, los partidarios y los bandidos, han podido arrebatarse frecuentemente sus rentas, pero no han logrado mermar ni destruir su capital” (1986: 98). A pesar de la capacidad económica que posee la región, se destaca que este capital todavía no se ha podido explotar completamente. En parte, los recursos de Yautepec no se han aprovechado por basarse en una economía de sub-

sistencia. Mientras se menciona la presencia de las haciendas azucareras que rodean al pueblo, predomina la descripción de la venta de las frutas que son “producto espontáneo de la tierra” (96) y que cultivan todos los vecinos del pueblo. Sin embargo, el impedimento mayor al desarrollo económico del pueblo se atribuye al “terror” de los bandidos y a la debilidad política y administrativa que permite su presencia. Mientras la operación de los bandidos se podría considerar como situación circunstancial de este episodio nacional, la falta de disciplina, tanto económica como administrativa, es atributo principal del Yautepec de la novela, sobre todo, en contraste con el otro espacio de producción, la hacienda de Atlihuayán.

La hacienda de Atlihuayán, donde trabaja Nicolás como herrero, se caracteriza por su productividad y su capacidad de autodefensa. Si el pueblo de Yautepec es un lugar idílico por su posesión de capital, Atlihuayán es espacio ideal por su proceso productivo. La descripción de la hacienda, que posee “ese santo rumor de trabajo y de movimiento, que parecía un himno de virtud” (117), enfatiza la diligencia del lugar, una laboriosidad que tiene el poder de transformar el capital natural en riqueza. Es más, dentro de la hacienda se aplican los mismos valores republicanos que posee el herrero valiente que “no se deja”. Como explica Nicolás a doña Antonia, esta hacienda representa un modelo de sociedad que debería imitar todo el pueblo:

Vea usted; en Atlihuayán todos estaban atemorizados cuando comenzaron a inundar esto los bandidos, y no sabían qué partido tomar. Pero antes de que comenzaran a pisarnos la sobra, los maquinistas de la hacienda y los herreros nos reunimos y determinamos comprar buenos caballos y armarnos bien, decidiendo defendernos siempre unidos, aunque fuésemos pocos. Tan luego como se supo nuestra resolución, el administrador y los dependientes se unieron también a nosotros, y [...] se dispuso arrojar de la hacienda al que se hiciera sospechoso de estar en connivencia con los bandidos (113-114).

Como reflejo de la combinación de ideales liberales y nociones del republicano, esta sociedad ideal que propone Altamirano se basa en la iniciativa de los trabajadores asalariados, quienes adoptan medios de defensa mutua para proteger sus propios intereses. Mientras este modelo requiere de un sistema jerárquico, son los trabajadores quienes organi-

zan la defensa. Como modelo ideal de sociedad, es significativo también que en contraste con el pueblo de Yautepec y la hacienda arruinada de Xochimancas, la acción de la novela nunca tiene lugar dentro de la hacienda. El Zarco solamente contempla con desprecio a Atlahuayán desde lejos, mientras que nuestros héroes Nicolás y Pilar van en camino a la hacienda después de su matrimonio, que se convierte en imagen utópica del destino nacional, consolidado bajo la administración política y el liberalismo.

El escondite de los plateados en la hacienda de Xochimancas opera en varios niveles simbólicos dentro de la alegoría. Es en esta hacienda arruinada donde Manuela por fin se da cuenta de su perdición al ver evaporarse su imagen idealizada de la vida del bandido frente a la existencia vulgar y dura de los plateados. El narrador también destaca el origen indígena del lugar por medio de una explicación etimológica de su nombre, a partir de palabras náhuas que significan “lugar en que se cuidaban o producían las flores que se ofrecían a los dioses” (194). Según Escalante, la analogía entre esta hacienda arruinada, el bandido y el legado degenerado del pasado indígena sirve para exhortar la intervención del Estado para acabar con la barbarie. Así como Nicolás se ha ennoblecido por el trabajo, las tierras comunales de los indígenas se podrían redimir mediante la administración política y la inversión económica. Mientras esta lectura de la hacienda de Xochimancas corresponde con el proyecto de integración racial de Altamirano, es significativo también que la guarida de los bandidos sea la hacienda, otro espacio de producción que se compara de manera explícita con la hacienda de Atlahuayán.

La descripción de la hacienda arruinada de Xochimancas y la narración de la experiencia de Manuela revelan que opera en este espacio de producción un orden económico alternativo al orden de Atlahuayán. El narrador conscientemente omite la explicación de la decadencia de esta hacienda, que tiene todos los recursos para ser un proyecto productivo, pero señala que “sí es evidente que el lugar es propio para el cultivo, y que sólo la apatía, la negligencia o circunstancias muy particulares y pasajeras pudieron haberlo convertido en una guarida de malhechores, en vez de haber presentado el aspecto risueño y halagador de un campo de trabajo y actividad” (193). Xochimancas, entonces, representa el desperdicio del capital natural de la zona azucarera, desperdicio que se atribuye por lo menos en parte a “apatía y negligencia”. Además de servir como llamada

a invertir en el campo para prevenir la degeneración social, esta explicación parcial del narrador también podría encubrir una referencia directa a un modelo económico alternativo.

Si en Atlahuayán regía una estructura jerárquica, en Xochimancas operaban los bandidos de manera colectiva, pero con una colectividad perversa. Dentro de la hacienda, Manuela encuentra una sociedad donde los rangos sociales se han derribado y otras mujeres “decentes” del pueblo ahora conviven con los bandidos en una existencia difícil. Es más, Manuela advierte con horror que no sólo tiene que aguantar las “expresiones cínicas” que le lanzan los demás bandidos, sino que además sólo sería cuestión de tiempo que se convirtiera ella misma en bien común de todos los plateados. En un capítulo titulado “Orgía”, Manuela se ve obligada por el Zarco a bailar con otro bandido en un baile popular grotesco que demuestra la ruina completa de la joven. “¿Por qué no quieres bailar con mi amigo el Tigre? Ya te dije que has de bailar con todos, para eso has venido” (214). Como señala Christopher Conway, Xochimancas representa en estos términos una degradación sexual (101), lo cual, en una novela de alegoría amorosa, representaría también una degradación total de la sociedad.

Sin embargo, esta colectividad perversa no sólo se aplica a la relación amorosa, sino también a la administración de la “empresa” de los bandidos. Ya decepcionada de la vida con los plateados y temerosa de ser raptada por otro bandido, Manuela trata de redimirse al intentar liberar a uno de los extranjeros que los bandidos habían secuestrado. Como respuesta a las súplicas de Manuela, el Zarco le contesta, “¿No sabes, inocente, que el rico que cae en nuestro poder nos pertenece a todos? Aunque yo quisiera echar libre al francés, ¿piensas que los demás me habrían de dejar? Pues ¿y la parte [del rescate] que les toca?” (209). A pesar de ser uno de los bandidos principales, el Zarco resulta formar parte de un gobierno de masas en que se persiguen los intereses más bajos, y no hay lugar para la redención.

Esta caricatura grotesca del bandido social, constituye el camino de la perdición para el pueblo de Yau-tepec. Mientras la hacienda de Atlahuayán representa el progreso y el bienestar común, mediante el aprovechamiento prudente del capital natural, la iniciativa individual y la disciplina jerárquica, la representación de la hacienda arruinada de Xochimancas muestra un modelo contrario, basado en la colectividad. En

esta alegoría moralista, sin embargo, el camino colectivo, que podría denotar la resistencia social de los bandidos o inclusive la tenencia comunal de las tierras, sólo lleva hacia una nivelación social en la que todos llegan a ocupar la clase más baja.

Por medio de la representación del bandido, el trabajador y la participación de ambos personajes en las dos haciendas, Altamirano intenta no sólo reemplazar el héroe mitológico del bandido con el arquetipo del trabajador asalariado, sino también ofrecer una narrativa de imaginación nacional que articula una nación del mexicano moral y patriótico a base de los ideales liberales. Mientras la novela trata de manera más directa el conflicto entre los conservadores y los liberales y, hasta cierto punto, las guerras contra la invasión extranjera, es significativo que las tensiones económicas y expresiones de resistencia social, por causa de las políticas agrarias del Estado porfirista, se expresen en la novela solamente entre líneas. Como observa Ernest Renan, la consolidación de la nación requiere que “all individuals have many things in common, and also that they have forgotten many things” (11). Mientras la alegoría de *El Zarco* intentaba promover cierta visión histórica a base de la exclusión de una experiencia colectiva, con la Revolución mexicana de 1910 la resistencia popular intervino para hacer escuchar su versión.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTAMIRANO, IGNACIO MANUEL. *El Zarco. Obras completas: novelas y cuentos 2*. José Luis Martínez (ed.). [Primera edición, 1901]. México: Secretaría de Educación Pública, 1986.
- . “Revistas Literarias de México (1821-1867)”, en *La literatura nacional: revistas, ensayos, biografías y prólogos. I*. Ed. José Luis Martínez (ed.). México: Porrúa, 1949.
- AZUELA, MARIANO. *Cien años de novela mexicana*. México: Ediciones Botas, 1947.
- BHABHA, HOMI. “Dissemination: Time, Narrative and the Margins of the Modern Nation”, en *The Location of Culture*. New York: Routledge, 1994. 139-70.
- BRADING, D. A. “Liberal Patriotism and the Mexican Reforma”, en *Journal of Latin American Studies* 20 (1988): 27-48.
- CONWAY, CHRISTOPHER. “Lecturas: Ventanas de la seducción en *El Zarco*”, en *Revista de crítica literaria latinoamericana* 52 (2000): 91-106.
- ESCALANTE, EVODIO. “Lectura ideológica de dos novelas de Altamirano”, en *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)*. Manuel Sol Tlachi y Alejandro Higashi (eds.). Xalapa: Universidad Veracruzana, 1997.
- HART, PAUL. *Bitter Harvest: The Social Transformation of Morelos, Mexico, and the Origins of the Zapatista Revolution, 1840-1910*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2005.
- HOBBSAWM, ERIC. *Bandits*. New York: Delacorte Press, 1969.
- JOSEPH, GILBERT M. “On the Trail of Latin American Bandits: A Reexamination of Peasant Resistance”, en *Latin American Research Review* 25, 3 (1990): 7-53.
- RAMA, ÁNGEL. *La ciudad letrada*. Hannover: Ediciones del Norte, 1984.
- RENAN, ERNST. “What Is a Nation?” Trans. Martin Thom. *Nation and Narration*. (“Qu’est-ce qu’une nation?” en *Oeuvres complètes*. Homi Bhabha (ed.). Paris: 1947-1961. Vol I. 887-907). New York: Routledge, 1990. 8-22.
- RIVAS VELÁZQUEZ, ALEJANDRO. “Altamirano y su nueva visión de la novela en *El Zarco*”, en *Reflexiones lingüísticas y literarias*. Rafael Olea Franco y James Valender (eds.). México: El Colegio de México, 1992. 169-85.
- SLATTA, RICHARD W. “Bandits and Rural Social History”, en *Latin American Research Review* 26, 1 (1991): 145-51.
- . “Introduction to Banditry in Latin America”, en *Bandidos: The Varieties of Latin American Banditry*. Richard W. Slatta (ed.). New York: Greenwood Press, 1987. 1-9.

- SOMMER, DORIS. *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. Berkeley: University of California Press, 1991.
- VANDERWOOD, PAUL. *Disorder and Progress: Bandits, Police and Mexican Development*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1981.
- WARMAN, ARTURO. *Y venimos a contradecir: los campesinos de Morelos y el estado nacional*. Pachuca: Ediciones de La Casa Chata, 1976.